

las pasiones políticas! Triste es decirlo; pero mas triste el conocerlo: muchas palabras; pocas ideas: innumerables teorías; pocas verdades: proyectos sin fin; ningunos resultados: promesas fastuosas; pero miserias, horrores y crímenes por todas partes. Tal es el fruto de las escuelas racionalistas. Ellas no podian producir por cierto otros resultados, cuando partiendo de la independencia de la razon, han comenzado su carrera de progreso introduciendo el cisma, digámoslo así, entre los elementos primitivos y esenciales de la verdad y del bien. ¿Qué podía resultar de aquí? Hable por nosotros uno de los filósofos que no pueden inspirar grandes recelos á los mas entusiastas partidarios de la libertad. "Uno de los mas peligrosos errores de nuestro siglo, dice Lammenais, es no considerar al hombre bajo otro aspecto que el de sus relaciones para con el hombre, y el separar en lo absoluto la sociedad presente de la sociedad futura, á la cual quiso Dios que todo estuviese subordinado en el orden que se dignó establecer. Ya desde entónces esta sociedad pasajera, lo mismo que el hombre, ni tiene fundamento alguno en que apoyarse, ni objeto con quien estar unida. Puesta en la necesidad estrecha de crearse fuera de la naturaleza un nuevo modo de existencia, marcha al azar, de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones; y la vemos con espanto atravesar rápidamente espacios desconocidos, como si se sintiese perseguida por un funesto genio. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas no hai poder, porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre: no hai deberes tampoco, porque, ¿en virtud de qué habia de deber el hombre alguna cosa al hombre? Luego desórden absoluto, luego muerte."

"¿Y no será esta la causa secreta de esas agitaciones que fatigan á la Europa de treinta años á esta parte? Difícil me parece el que no se advierta en la mayor parte de los pueblos no sé que vaga inquietud que les impele constantemente al cambio, un mal estar general, y como una penosa dificultad de ser. Cerradas las puertas de la vida, se buscan otras nuevas: he aquí lo que se llama el movimiento del siglo, el progreso de las luces y de la civilización: palabras pomposas con que nos estamos empeñando en cubrir nuestra irreparable miseria. Nada mas que esto pretende nuestro orgullo degradado: sobre un esqueleto inmundo echa un manto púrpura, y vedle aquí contento."

"Después que se ha perdido la verdad, quieren reemplazar su falta con la ciencia; pretenden que esta sea todo en la sociedad; religion, moral, felicidad: empuñanse por último,

en que los hijos de Adán vivan del fruto que mató á su padre."¹

¡Oh si la profundidad de este último pensamiento llegara á sondearse por los hombres que mas influyen hoy en los destinos de la sociedad! Su reinstalacion sin duda seria infalible, y nada problemático su progreso hácia la felicidad! Por lo que á nosotros toca, nos basta poner aquí á las escuelas filosóficas en frente de nuestra doctrina católica, dejando á la discrecion y sabiduría de nuestros lectores que decidan, si en la cuestion de la enseñanza y educacion pública debemos incorporararnos en ese laberinto de sistemas, que sin embargo de su variedad y oposicion, tienen todos de comun el designio de regenerar la sociedad con la aplicacion de ese funesto principio que le dió la muerte desde que apareció en el mundo; ó si ménos presuntuosos y mas prudentes, hemos de volvernos hácia esa otra escuela, que nos ilumina toda la esfera del saber con la doble antorcha de la razon y la fe, y nos comunica ese vigor divino que nace de la concordia de la naturaleza con la gracia.

Paso sin transicion, de nuestras ideas sobre el principio á nuestras convicciones sobre los medios.

SEGUNDA PARTE.

Estos medios no son en la realidad, sino el mismo principio en el vário sistema de sus aplicaciones, su metódico y profundo desenvolvimiento en el progreso de la inteligencia y en el gobierno de la conducta. Esta aplicacion ha de hacerle resplandecer, por lo mismo, en las doctrinas, en las prácticas y en las personas á quienes esté cometida la direccion general y particular de un colegio eclesiástico. La pureza y universalidad de las primeras, la bondad intrínseca de las segundas, la suficiencia de las terceras, deben hacer esperar que los medios, tocando al objeto por una parte y al principio por otra, muestren una sucesion continua ordenada y sistemática en los pormenores, y una perfecta unidad en el conjunto.

Mas qué, se dirá: ¿el principio teológico puede extenderse hasta esos ramos que giran con absoluta independencia de los misterios? ¿el principio teológico puede bastar á todos los pormenores que en sí contiene el gran sistema de la

¹ De l'education du peuple.

educacion? ¿el principio teológico exige de parte de los regentes mayor número de garantías, que las que prestan un talento claro, un saber profundo y una conducta honrada? He aquí tres cuestiones, que no ha dejado nunca de movernos una filosofía bien conocida, con cierto plan bastante indicado en el orden con que las hemos propuesto, y con unas miras detestables, que ha venido á poner en claro la experiencia de un siglo. La filosofía incrédula, despues de haber sufrido todas las derrotas en el campo de la controversia, buscó en el descrédito de los seminarios recursos nuevos para ganar el triunfo. Era preciso argüir de limitada la instruccion eclesiástica, y resolvió negativamente la primera cuestion: era preciso argüir de insuficiente para la cultura social la educacion eclesiástica, y por tanto el deismo resolvió la segunda en el mismo sentido, para que el siglo adoptase su código de urbanidad: era preciso secularizar los colegios, y la filosofía resolvió negativamente la tercera cuestion. Es tambien preciso, para honor de una causa tan digna, hacer ver la universalidad del principio teológico en el sistema de la enseñanza, la suficiencia de la educacion religiosa en el orden social, la importancia del magisterio eclesiástico en esta clase de establecimientos.

I.

La primera discusion á donde nos llama la filosofía racionalista es la universalidad de este principio en el sistema de la enseñanza: entremos pues en materia.

Dejamos aparte desde luego una observacion que han hecho los mas insignes escritores contra las ideas que dominan en la época presente. "Instruid á los pueblos, derramad entre ellos la mayor copia de luces, incorporadles en las grandes discusiones filosóficas y políticas, y les haréis felices." He aquí el grito de la escuela progresista, que se ha figurado haber descubierto el secreto y conquistado el derecho de regenerar á la sociedad. Otra escuela ménos presuntuosa, pero mas discreta, mas sábia y mas prudente, ha visto en estos clamores el mas completo extravío que ha podido sufrir la razon en materia de política. Ella dice al contrario: "moralizad los pueblos, y la sociedad será perfecta." ¹ Mas hagamos á un lado esta célebre cuestion, para fijar el verdadero estado de la nuestra.

¹ No siéndonos posible desarrollar todas nuestras ideas en este opúscu-

No se trata de sumar los artículos de dos enciclopedias para conceder la universalidad á la que dé una diferencia mayor sobre la otra; el principio teológico es universal, pero no enciclopédico: tampoco se trata de ese cambiamiento continuo de ideas y de formas, ni de esa estéril fecundidad de teorías nuevas que cada filósofo discurre para llamar de algun modo la atencion; la universalidad del principio teológico consiste en sus caracteres intrínsecos y esenciales: en lo especulativo es la verdad, en lo práctico es la justicia, en todo es la moral. Se trata de las relaciones directas ó indirectas, es decir, científicas ó morales, que puede tener un principio con todos aquellos conocimientos teóricos y prácticos que se enderezan y encaminan á la perfeccion y al bienestar del género humano. Considerada la cuestion bajo este aspecto, decimos que el principio teológico es esencialmente universal, y cualquiera otro que le excluya ha de ser por precision limitado y particular: porque el principio teológico posee todos los elementos de la ciencia, posee todos los elementos de la conducta: crea y fecunda los conocimientos teóricos, perfecciona y moraliza los conocimientos prácticos, ilustra y ennoblece las letras y las artes. Si de aquí pasamos á otros aspectos bajo que puede considerarse esta universalidad, dirémos, con un célebre escritor moderno, que reúne todos los géneros de universalidad: "la de las personas, pues que el mas simple y toscó le sienten con tanta plenitud, como el genio mas profundo: la de las acciones, pues que no hai virtud que no prescriba, ni perfeccion que no aconseje, ni vicio que no condene, ni crimen que no castigue: la de las circunstancias, por último, pues que sigue al hombre en las diversas vicisitudes de la vida, le hace llenar todos los deberes de su estado cualquiera que sea, gobierna sus pasos mas secretos, penetra hasta la pro-

lo, nos contentarémós con citar las principales obras que hemos tenido á la vista para formar este concepto. *FRAYSINOUS, La révolution française, considérée dans ses causes, — considérée dans son cours et dans ses ravages, — considérée dans ses suites et dans sa fin.* — *Influence de la religion sur la société.* — *LAMENNAIS. De l'éducation du peuple. — Du droit du gouvernement sur l'éducation religieuse.* — *LA LUZERNE. Dissertation académique sur la nécessité de l'éducation religieuse.* — *LACORDAIRE, Sermons, principalmente el VI, VIII, XI y XVI.* — *CHATEAUBRIAND. Genio del cristianismo, lib. 6.º capp. 5.º, 10.º, 12.º y 13.º Dictionnaire de la conversation et de la lecture, art. éducation.* Preferimos, entre otras, estas obras, porque en ellas se trata la materia precisamente en sus relaciones con las ideas actuales.

fundidad inaccesible de su pensamiento, é incapaz de quedar satisfecho con reprimir el pecado, prohíbe la voluntad, sofoca el deseo, y destierra hasta la idea del pecado.”¹

Bien podríamos nosotros comenzar el desarrollo de estas ideas desde ese teatro ignorado en que la religion, eligiendo los dulces ministerios de la ternura maternal, salva de antemano á los pueblos de la tremenda ruina á que tiende siempre á arrastrarles la política revolucionaria. Lectores cristianos, presiento con satisfaccion, que habéis sorprendido mi pensamiento; y ya veréis que aquí no hago otra cosa, sino aludir á vuestras mas dulces y mas caras experiencias. Sois padres, y cuando no lo seais todos, sois hijos ó lo habéis sido: los cuidados que prodigáis y aquellos de que algun tiempo fuisteis el tierno objeto, altamente nos revelan que este principio teológico os ha manifestado por sentimiento y por accion su maravillosa universalidad desde la mañana de vuestra vida.

Y cuando el padre y la madre tienen que desprender ya de sus brazos al tierno niño, le colocan en las escuelas cristianas, con aquella noble seguridad que inspira esa unidad de sentimientos que solo la religion católica pudo establecer y es capaz de conservar entre los padres y los maestros. Visitad con la imaginacion uno de esos Estados felices á donde no han logrado penetrar los vapores malignos de la filosofía incrédula: observad su extension: advertid cómo en una multitud de poblaciones mas ó ménos numerosas, y á pesar de las diferencias que nacen de las localidades, de los caracteres y hasta de las circunstancias, millares de niños están recibiendo unas mismas ideas, unas mismas instrucciones, aprendiendo unas mismas verdades, cultivando unas mismas virtudes, siguiendo unas mismas prácticas, y contrayendo por sentimiento una necesidad imperiosa de someterse al principio de la unidad, sin la cual no puede haber ni una razon perfecta, ni una virtud habitual, ni un individuo feliz, ni una sociedad bien establecida.

¿Es esta la obra de la filosofía racionalista? La filosofía racionalista es la razon independiente, y la razon independiente es la sociedad anárquica. No, no: esta es la obra de un concierto que solo el cristianismo posee, es el resultado de una concordia fiel entre la razon y la fe, entre la voluntad y la gracia; y este concierto y esta concordia son obra, como sabemos, del principio teológico, que así desarrolla las primeras facultades del niño, como madura la razon

¹ LA LUZERNE. Dissertation académique sur la nécessité de l'éducation religieuse.

del hombre, civiliza los pueblos, y dirige y sostiene, y conserva, y perfecciona la sociedad. He aquí por qué todos los designios, todos los proyectos y todas las empresas de las escuelas que no giran dentro de la órbita católica, se han estrellado constantemente en mil secretos ú ostensibles escollos, han sido el juguete de todos los obstáculos, y no han podido jamas reunir en favor suyo el voto de la sociedad. ¿Cómo reunirle? De ningun modo, si no ha de contarse, como elementos directivos y conservadores, los principios, los medios y las prácticas de la Iglesia; si no se ha de asociar, íntimamente la familia con la sociedad en la grande obra de la educacion pública. “En todos los tiempos la familia debe hallarse presente á la educacion por su influencia, dice Laurentie; y por esto la religion, que es el único vínculo de la grande familia humana, es la única que puede representar en la educacion comun este derecho primitivo de la educacion natural. Si la religion no recibe de vuestros brazos al niño cuya educacion os es imposible dirigir por vosotros mismos, os veréis en el indispensable caso de abandonarle indefenso á las iniciaciones peligrosísimas por lo comun de la ciencia humana..... La civilizacion nace de la disposicion de los hombres á poner en comun sus bienes y sus males, y esta disposicion feliz solo puede ser inspirada por la religion. Infiérese de aquí, que la instruccion del pueblo es la educacion que este recibe de la religion: unid á ella la ciencia propia que demandan las condiciones várias de la vida social, y luego dejad formar el genio de cada hombre. En este caso habréis hecho bastante por las luces, y habréis hecho mucho por el bienestar de la sociedad.”¹

El primer triunfo pues de la universalidad de este principio brilla sin sombras en la instruccion moral y política de las masas, esa instruccion cuyo secreto posee solo la religion. Ella, haciendo caminar á igual paso sus lecciones y sus prácticas, produce al mismo tiempo esos conocimientos y esos hábitos comunes, que reducidos á la expresion de dos palabras, se representan en el buen sentido y en las costumbres de los pueblos.

Pero ¿querémos hablar de las ciencias? Nuestro principio no esquivo tampoco aquí la discusion: es el único que posee la clave de todos los conocimientos humanos, y el secreto de relacionarlos todos con los destinos del individuo y de la sociedad: universalidad, es esta, que no ha tenido,

¹ ART. EDUCATION. Dictionnaire de la conversation et de la lecture.

ni tiene, ni tendrá en todos los siglos escuela ninguna de las que no estén sometidas á la influencia del catolicismo.

II.

Todas las ciencias serian siempre efímeras sin un apoyo histórico; mas este apoyo no se las puede dar sola la razon: le tienen es verdad; pero le han recibido de la escuela católica. Todo género de conocimientos serán siempre muy imperfectos, si no están colocados en una línea comun de relaciones científicas, y serán siempre fútiles y absolutamente estériles, si no tienden á la perfeccion del hombre, al órden de la sociedad y al bienestar de toda la especie humana. Existen estas relaciones, se refunden en un gran pensamiento, llevan la ciencia á sus fines; pero de esto serán siempre deudoras las ciencias al gran principio intelectual y moral que vemos al frente de las instituciones católicas.

El punto histórico indica al mismo tiempo la causa, el origen y el destino de cada existencia. Esto no puede hacerlo la razon: porque si ella es capaz de comprender poco ó mucho de lo que existe; nada puede crear, digase lo que se quiera, y por consiguiente, su impotencia histórica es un hecho que no exige demostracion. Luego las escuelas puramente racionalistas no pueden sacar nunca de su propio fondo la basa de una sola ciencia: sus vários sistemas sobre Dios, el mundo y su naturaleza, sobre el hombre y sus destinos, sobre el bien y el mal, sobre la sociedad y sus condiciones, &c. &c. han venido á ser ó un argumento de la fragilidad humana, ó una demostracion contra la posibilidad de la unidad filosófica, ó la parte cómica y ridicula de la historia del entendimiento humano.

Al contrario sucede con nosotros, "que en nuestros principios católicos, dice un historiador de nuestros dias, no dejamos ningunas de estas graves cuestiones indecisa: todo está explicado, coordinado, encadenado, sin variacion ninguna, de la manera mas á propósito para presentar un cuadro completo, al cual no falte nada."

"Nuestras doctrinas religiosas no son en sustancia, sino el desenvolvimiento de todos estos puntos capitales: ellas ofrecen en su conjunto el aspecto de un árbol magnífico cuyos brazos van siempre extendiéndose, sin que ninguno, ni aun el mas pequeño, esté separado del tronco. Estos brazos, admirablemente ligados entre sí, descienden hasta la

raiz, de donde sacan su vida comun. No de otra manera nosotros, remontándonos desde las últimas conclusiones católicas hasta sus premisas, y de aquí á los principios superiores, llegamos por una cadena no interrumpida hasta las primitivas é invariables verdades en que descansa el edificio entero, como en una basa inamovible. Nada puede ser mas satisfactorio para el espíritu y al mismo tiempo para el corazon. Así permanecemos en una calma perfecta entre las agitaciones intelectuales que por todas partes nos rodean."¹

¡A dónde iríamos á parar, si nuestra oscura y débil razon, desdeñando las brillantes luces de la fe y los fuertes y robustos apoyos de la autoridad católica, pretendiese descubrir el origen y el destino de cada cosa, y asir con su mirada esa cadena invisible de procedimientos, que eslabonándose en estos dos extremos de cuanto existe, presentan el órden científico y moral de todo aquello que, creado, establecido ó revelado, cae bajo las miradas, la accion ó el dominio de la inteligencia! ¿Se trata del hombre? ¿de la familia? ¿de la sociedad? ¿del gobierno? ¿Se trata de Dios! ¿de su naturaleza? ¿de sus atributos? ¿de sus relaciones con la humanidad? ¿Se trata del mundo físico? ¿de la variedad de sus objetos? ¿del origen de sus fenómenos? ¿de sus relaciones entre su causa y su destino? ¿Se trata, por último, de la palabra, luz del mundo moral, vínculo de la sociedad, depósito de todas las verdades, de todas las leyes, de todos los acontecimientos, como la llama Bonald, de ese instrumento, digo, que regla al hombre, ordena la sociedad y explica el universo? Cerrad el Génesis, cerrad nuestros libros católicos, y buscad en buena hora los primeros datos de donde hayais de partir, y los recursos con que habéis de contar, y la luz que ha de conducirnos en tan difíciles como importantes investigaciones. Abrid, si queréis, á Herodoto, hojead los Fastos; leed la Metamórfosis; embelesaos con las bellas ficciones de la Mitología pagana: id á la Academia, entrad al Pórtico, visitad el Liceo; conversad con Thales de Mileto, con Pitágoras ó con el divino Platon: profundizad cuanto queráis el libro de la naturaleza de las cosas, el de la naturaleza de los Dioses, ó el de los deberes: en suma, reunid en un foco todas las luces de la sábia antigüedad. ¿Qué habréis conseguido? Brillantes quimeras, fábulas especiosas: por donde quiera impostura, supersticion, ignorancia, errores: de manera que podria decirse, que el primer filósofo de Atenas juzgó definitivamente la

¹ BOUVIER. Histoire abrégée de la philosophie, tom. II. Conclusion.

filosofía del gentilismo, cuando manifestó que lo único que sabia era que todo lo ignoraba. No, la antigüedad nada nos presenta definitivo en las cuentiones de la ciencia, nada consecuente en el sistema de la conducta, nada seguro y fijo en la constitucion de la sociedad. El mundo debía salir del caos; porque, dígase lo que se quiera, estaba sen-tado á las sombras de la muerte. Salíó en efecto, mas por haber brillado sobre él la luz del Verbo, como sobre un teatro de tinieblas. Luz divina y humana al mismo tiempo, como Dios y hombre el que la difundia, de un golpe regeneró el entendimiento, y al mismo tiempo dió el calor de la vida al corazon. "Las ciencias, dice Chateaubriand, hechas estacionarias en toda la antigüedad, han recibido un impulso rápido de ese espíritu apostólico y renovador que apresuró el desmoronamiento del viejo mundo, al paso que todos los pueblos donde ha dejado de existir el cristianismo, han visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ignorancia."¹

Y ¿serémos mas felices, pasando á las sectas filosóficas de la edad moderna? Dígasenos pues, ¿cuál época histórica puede señalarse aquí, que nos presente el fenómeno siempre ambicionado y nunca conseguido de una escuela que reúna todos los espíritus, que someta todas las opiniones, que termine todas las diferencias, que haya dado solucion á todos los problemas de la ciencia y de la sociedad, que haya erigido sobre basas sólidas una institucion duradera, que haya sometido á todos los sabios y tambien á los pueblos, que haya pasado sin inconveniente por algunas generaciones, que no se haya visto reducida á la necesidad indispensable de errar junta con otras muchas que le disputan la palma, de morir para la accion, quedando viva solo para la historia, y de ceder el campo á nuevas escuelas, nuevos sistemas y nuevas imposturas? ¿Quién podria siquiera, trazara una especie de mapa-mundi filosófico, que presentase clara y distintamente en la variedad del pensamiento la unidad del designio, y que por la natural concatenacion de las ideas hiciera ménos laboriosa para nuestra memoria la historia de la filosofía moderna? La verdad es una, porque solo una recta puede tirarse entre dos puntos dados; pero el error es indefinidamente múltiplo, porque infinitas curvas pueden tirarse entre dos puntos. Los filósofos modernos, en aquellas partes en que han querido obrar con independencia de la fe traspasando los límites natura-

¹ Discours prononcé le 10 mars 1829 devant le Conclave.

les de la razon humana, no han hecho mas que parodiar, ó reproducir de una manera mas monstruosa, toda la sofistaria del paganismo; nunca se borrará ni con el trascurso de los tiempos, la inmunda y pestilente mancha que echó sobre el siglo XVIII la filosofía incrédula, cuando huyendo de Dios vivo, quiso llenar el inmenso vacío deificando á la razon humana en sus estatuas de piedra.

Causa lástima ver á la filosofía empeñada en crearlo todo, realizando á cada paso el parto de los montes y sorprendiendo al mundo, no ménos con la énfasis arrogante y soberbia de sus promesas, que con la mezquindad y el ridículo de sus obras. Todo lo emprende, todo intenta explicarlo, y en este punto es preciso convenir en que su universalidad no tiene límites. Preguntada por el origen del lenguaje, y si lo consentis, os hará pasar los días y las noches entretenidos con la lectura de sus novelas ideológicas: consultada sobre las armonías divinas y las relaciones morales del mundo físico, y se reirá de vuestro candor; sino es que, volviéndoos las espaldas, os despache con los poetas: hablada del espíritu, de sus potencias y facultades; de las ideas, de su origen y combinacion; de la voluntad y sus actos, de la libertad y sus efectos, de la moralidad y sus reglas; y en el instante os sentiréis embestido por muchas y diversas partes, solicitado por las teorías mas opuestas; y grande será vuestro esfuerzo para volver á la calma de vuestra razon y de vuestra crítica, despues de haber pasado la revista de tantos sistemas, y presenciado la pugna eléctrica de tantos partidarios filósofos. ¿Y la política? ¡Oh! deteneos: porque aquí es preciso hacer una grave pausa, para presenciar la obra maestra de la filosofía de que tratamos. Atended: todo se explica aquí, y de una manera llana. Los hombres fueron al principio una porcion de cuadrúpedos, y la sociedad semeiante á las reuniones de castores ó orangutanes. Los hombres pensaban, pero no sabian hablar; mas cuando la filosofía rompió las trabas de su lengua, vió con sorpresa que hablaban, pero no sabian pensar. Mas entre tanto, ella como una sábia y tierna nodriza no les abandonó un instante, hasta que les hubo imbuido en los elementos de la Lógica. Estos servicios importantes eran ya mucho para la comunicacion recíproca; pero faltaba todavia la parte mas difícil: era necesario organizar la sociedad y constituir el gobierno. Esto parece tan imposible á primera vista, como la invencion de las lenguas; porque segun ciertos filósofos, los hombres eran naturalmente amigos de la guerra, y esta naturaleza belicosa

pugnaba esencialmente con el carácter pacífico de unas instituciones. La filosofía tenía aquí una obra grande que acometer, y puesta en la alternativa de quedarse arrinconada, ó de crearse partidarios teóricos y agentes prácticos, se decidió por el último extremo, no sin grandes dificultades que la hubieran hecho retroceder, si no hubiese llegado á su apogeo en la época misma en que ya se decidían á pluralidad de votos las mas graves cuestiones de la ciencia. Felizmente pues para ella, logró poner la ciencia del gobierno al alcance de todos, reduciéndola á un simple contrato de *locacion conduccion*, y multiplicar los agentes, diciéndole al pueblo, que era *soberano*, y haciendo entender á los políticos que la soberanía del pueblo era el mas precioso elemento para tiranizarle, y el recurso mas fecundo para perpetuar en la sociedad las revoluciones civiles y las épocas de transición: únicos medios para obtener la boga sin conocimientos, para subir á los honores sin mérito, pasar una vida opulenta sin patrimonio, y ejercer sin título la noble misión de la magistratura política y civil.

No vayamos adelante: dejemos aquí esta carrera indefinida de progreso, por donde la filosofía mal entendida quiere arrastrarnos al abismo; y volviendo á nuestros colegios eclesiásticos, recordemos que los estudios comunes, por donde es preciso pasar á las profesiones especiales, lejos de hallarse excluidos del principio teológico, renacieron bajo su influencia, y han hecho progresos no interrumpidos mediante sus aplicaciones especiales. No nos empeñarémos, por lo mismo, en probar, que casi á la Iglesia se debe exclusivamente el cultivo de las lenguas sabias, y que no ha tenido la menor parte en la perfección de los idiomas vulgares; que la verdadera Ideología está mejor comprendida y mas bien aplicada en la escuela católica, que en cualquiera de las otras; que la comun y la alta Metafísica, esta ciencia noble y fundamental que ha vuelto la cabeza á cuantos filósofos han pretendido crearla, convirtiéndola por lo mismo en series motódicas de conjeturas, y que ha hundido en el fango del materialismo á otros filósofos ménos constantes ó mas desesperados, presenta en la escuela católica verdades reconocidas, principios seguros y consecuencias infalibles; que la moral es un objeto preferente para nuestros colegios, y que no se la debe buscar fuera de la Iglesia. Tampoco nos esforzarémos en demostrar, que la Historia, la Cronología y la Geografía se reconocen en la Iglesia como estudios de la primera importancia, y que sin sus libros ca-

nónicos y los trabajos inapreciables de sus sabios, estarían hoy rotas las relaciones tradicionales y monumentales que existen en las épocas mas notables del mundo. No nos detendremos, repetimos, en estas cosas, porque tampoco nos persuadimos que á tanto llegue la mezquindad de nuestros progresistas, que nos rehúsen las relaciones existentes entre todos estos estudios y el objeto y fin de nuestros establecimientos eclesiásticos. Verdad es que murmuran un tanto cuanto sobre tales puntos; pero tambien es cierto que su atención se fija preferentemente en las ciencias físicas, en los conocimientos políticos, y en los estudios literarios. Cifrándonos pues á estas tres cosas, diremos una palabra sobre la influencia que en la perfección de estos ramos ha ejercido y debe ejercer indispensablemente el gran principio que preside á los establecimientos eclesiásticos.

III.

En vano se ha pretendido sostener que el principio teológico es extraño al cultivo de las ciencias físicas, del Derecho general y de la Bella Literatura. Los que así discurren, pierden de vista sin duda alguna los principios generadores de las ciencias y la historia progresiva del espíritu humano. ¿Cómo han podido olvidar tan fácilmente las íntimas y maravillosas relaciones que ligan por una parte al mundo físico y al mundo moral, que estrechan por otra la religion con la política, y que han sostenido en el mas dulce comercio la razon, el sentimiento y la imaginación? Estaba reservado á nuestros filósofos modernos pronunciar un solemne *mentis* contra los sabios del paganismo, que veían escrito el nombre de Dios en los astros del firmamento, y contra el Poeta-Rei, que cantaba los atributos divinos inspirado por el cuadro sublime de los cielos. Charle cuanto quiera la filosofía materialista, nosotros verémos siempre el gran cuadro del universo físico, como un reservatorio inmenso de verdades metafísicas y morales, en que la filosofía, dulcemente inspirada por la religion, puede dilatar prodigiosamente el horizonte á sus miradas, é impeler al genio á la contemplación de esa verdad suma y universal de donde parten y en donde terminan todos esos conocimientos preciosos que están distribuidos á la especie humana.

Por lo demas, deberíamos contarnos por muy felices, si á esto hubieran de reducirse los argumentos que apoyan el Cálculo y la Física en los colegios eclesiásticos; pero tene-

mos que alegar una razón más con las nuevas necesidades que han venido á engendrar los impíos por el carácter de sus impugnaciones. Abandonado el antiguo sistema, la impiedad se ha criado nuevos recursos, y la formado, por explicarme así, del cultivo de las ciencias físicas un inmenso fulcro para precipitar en el abismo la verdadera Metafísica, los documentos de la Santa Escritura y los principios de la Moral evangélica. Aquí vemos combatida con orgullo y con tenacidad la cronología de Moisés con los cálculos astronómicos y con las investigaciones del naturalista: allí vemos renacer el Panteísmo de la fuerza expansiva que se difunde por toda la naturaleza: unas veces nos atruena la inmensa vocería de los fisiologistas conjurados contra el espíritu; otras vemos al orgullo de la ciencia desdeñar los grandes motivos que preceden á la creación y á los fenómenos, relegar al público desprecio el estudio de las causas finales, no reconocer en la naturaleza mas principio activo que el de los agentes físicos, ni mas fuerza reguladora que la simple sucesión de los fenómenos. Por último, cortadas así las relaciones íntimas que ligan á la tierra con el cielo, sufrieron la lei de la materia las ciencias que parecían tener con ella ménos analogías. La moral no tuvo mas apoyo que el interés, y las artes y el comercio vinieron á ser los resortes exclusivos del mundo político.

¿Sería prudente abandonar con el cultivo de las ciencias físicas el campo de la lid á la discreción de los impíos, en esta nueva rebelion de los naturalistas incrédulos contra Dios y su Providencia? He aquí de manifiesto porqué la Física ocupa un lugar tan distinguido en el pensamiento de los que presiden á los estudios eclesiásticos; y he aquí al mismo tiempo de qué modo pueden subordinarse al principio teológico todos los estudios preparatorios, aun los que parecen tener ménos analogías con los grandes objetos de las ciencias eclesiásticas. Basta leer el Génesis, para saber hasta donde se extiende la inspeccion de la Iglesia sobre todas las ciencias.¹

¹ Véanse en la obra de BULLET titulada: *Réponses critiques á plusieurs difficultés proposées par les nouveaux incrédules*, y en las *Vindicias de la Biblia* del Abate DUCLOT, dos pruebas prácticas y muy ilustres de las relaciones que median entre el estudio de las ciencias naturales y el de las ciencias teológicas. En el *Genio del cristianismo*, primera parte, lib. 3.º, cap. 1.º, y lib. 4.º se ven las relaciones del Génesis, no solo con la Historia propiamente dicha, sino con la Cosmografía, Astronomía y en general las ciencias naturales. El libro 5.º es una prueba de las relaciones científicas que median entre los dos órdenes de conocimientos contenidos en el fondo comun de la razón y de la fe. El sabio opúsculo

IV.

Si de las ciencias naturales pasamos al estudio del Derecho y de las ciencias políticas, nos bastaría sin duda recordar, que no puede haber sociedad sin religion, para demostrar *a priori* las relaciones íntimas que tienen estos conocimientos con el principio teológico; y la mejor prueba de ello es el origen de donde parte la objecion que hacen contra la influencia de este principio los partidarios de las doctrinas ultraliberales. El primer conato de estos filósofos ha sido, como es notorio, borrar de la sociedad el doble carácter que tiene de política y religiosa, para estudiarla y organizarla solo bajo el primero de estos aspectos; excluir de la ciencia del gobierno la doctrina católica, y cortar, por último, las conexiones esenciales que por una lei invariable de la sociedad debe constantemente haber entre la Iglesia y el Estado. Verdad es que ellos no han podido abolir enteramente las ideas religiosas, y que los pueblos, á quienes afectan favorecer con sus teorías, han sido siempre para el desarrollo de estas el primero y mas imperioso de los obstáculos: tambien es cierto que no pudiendo dar un paso sin facilitarse medios de allanamiento con las creencias comunes, presumen de tener en su república religion y moral; mas despojando á la primera del culto y del sacerdocio, y emancipando á la segunda de la revelacion y de la autoridad docente, no han hecho mas que vestir á la moda su ateísmo político y filosófico bajo el aspecto del deísmo y lo que ellos llaman *moral natural*. ¿Qué ha resultado de aquí? Mil bellos contrastes entre los designios y los acontecimientos: los políticos discurriendo constantemente nuevas teorías, y los pueblos sacudidos sin cesar por continuas agita-

de VICTOR BONALD, titulado: *Moisés y los Geólogos modernos*, puede considerarse como la prueba perfectamente desarrollada de nuestra proposicion, pues que trata nada ménos, que de manifestar las relaciones científicas del Génesis con las nuevas teorías de los sabios sobre el origen del universo, la formacion de la tierra, sus revoluciones, el primitivo estado de los diversos seres que la habitan, &c. Por último, citamos con una especialísima recomendacion á este propósito los incomparables *Discursos del Señor WISEMAN sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religion revelada*: porque nunca es mas necesaria la circulacion de estos libros, que en un tiempo en que se condena enfáticamente lo que no se comprende ni se conoce, y cuando se ha llegado á entender que la perfeccion de las ciencias físicas es incompatible con el origen histórico del universo, la existencia de la revelacion y el influjo de la Providencia.

ciones; aquellos pronunciando enfáticamente las palabras *progreso, civilizacion &c., &c.* y estos sufriendo sin tregua todas las consecuencias forzosas de la diversidad y contradicción de las opiniones y de la confusión de las doctrinas; las constituciones políticas sucediéndose como las estaciones del año, y las sociedades perdiendo irresistiblemente su constitución esencial: en fin, los políticos ultraliberales prometiéndolo todo, y las infelices naciones perdiéndolo todo.

Las revoluciones civiles corresponden exactamente á las revoluciones filosóficas: el progreso de estas será siempre un indicante infalible de la perpetuidad de aquellas. ¿Dónde columbrar el término? En el acuerdo recíproco. ¿Cómo realizar este fenómeno social? Volviendo á los principios y sacándolos del vasallaje de la razón; ¿por qué medios? por las creencias. Pero las creencias nada son sin la autoridad, la autoridad no es nada sin la universalidad, así como la universalidad nunca será nada sin la unidad. ¿Dónde está la unidad? En todas partes. ¿La queréis en los seres? atended solo al vínculo que estrecha al Creador con sus creaturas. ¿La queréis en el poder? Relacionad y subordinad al mismo tiempo los fines intermediarios del orden temporal con los fines extremos del orden eterno. ¿La queréis en la sociedad? No violentéis su naturaleza, despojándola de su doble carácter de política y religiosa. ¿La queréis en las facultades? Unid siempre la razón y la fe. ¿La queréis en los conocimientos? Fijaos en el vínculo que une la revelación con la ciencia. ¿La queréis, por último, en el gran movimiento de la sociedad universal? Ceded sin escrúpulo á las inspiraciones tutelares de la doctrina católica. La consecuencia que de aquí debemos inferir es, que sin el principio teológico la ciencia política no tiene universalidad ninguna, ni la sociedad condición estable. Dígase lo que se quiera, la decadencia de las sociedades antiguas, así como la limitación de la ciencia de estado en los tiempos anteriores al cristianismo, son tan urgentes argumentos en favor del principio que defendemos, como los reinados opulentos y magníficos, y también la pugna de las opiniones, y la confusión de las doctrinas, y los trastornos innumerables, y las no interrumpidas revoluciones que tanto nos alarman en algunas épocas muy conocidas de los tiempos modernos.

Mas para saber hasta qué punto debe influir la instrucción eclesiástica en la jurisprudencia y en la política después del cristianismo, basta, sin duda, considerar una y otra bajo sus relaciones históricas, científicas y sociales.

“Cuando la historia, dice el gran Bossuet, fuese inútil pa-

ra los otros hombres, sería necesario hacerla leer á los príncipes; y esta necesidad, así reconocida por el escritor mas eminente del siglo de Luis XIV, bien claramente nos manifiesta, que sin las relaciones históricas, la ciencia del gobierno permanecería siempre en una infancia perpetua. Si se habla de Derecho, es necesario ocurrir á los libros santos, para encontrar su verdadera filiación; pues aun tratándose del mas simple de todos, del derecho natural, nada ó muy poco adelantariamos en su importante estudio sin los conocimientos tradicionales de esa sociedad primitiva que constituía el elemento, bosquejaba las formas y presentaba el tipo racional de la sociedad civil y de la sociedad política. Si la razón bien dirigida es capaz de reconocer los preceptos fundamentales de la lei de la naturaleza, jamas por sí sola hubiera podido suplirla, así como no pudo conservarla. Pero la lei de la naturaleza, si bien fué un primer elemento de la lei general, y en su esfera de acción bastó para cubrir en su totalidad las exigencias de la sociedad doméstica, nunca podia satisfacer las necesidades inmensas de la sociedad civil y política. Desde que el padre pasó á ser gobierno, y el hijo figuró bajo el título de ciudadano, la lei debió á su turno hacer una transición, y ser escrita, como lo fué de facto. Sin embargo, el carácter puramente civil no es un carácter universal: si el género humano en los tiempos anteriores al cristianismo carecía de un derecho comun, y pudo hacer sin él sus mil transiciones históricas; no sucedió lo mismo cuando un principio mas espiritual, desenvolviendo sobre él un nuevo germen de vida que afectaba esencialmente á sus intereses, llegó á obrar en su seno una fusión universal: porque ya entonces necesitaba de un nuevo código, que refundiendo á la vez la lei escrita de los judíos y los pocos restos de la lei natural que bogaban dispersos entre las opiniones filosóficas, los cultos bárbaros y los códigos diversos del paganismo, hubiese reunido cuantos elementos eran indispensables para que pudiera corresponder al último desarrollo de la sociedad, y llenar el inmenso vacío que habian dejado los pueblos antiguos. Así sucedió de facto, y ese nuevo código es el Evangelio. He aquí puesta de vulto y á toda luz la necesidad estrecha de la institución eclesiástica. Prescindase de los recursos inmensos que la Iglesia nos proporciona, y dígase: ¿quién pondría en nuestras manos el hilo, para salir con

buen éxito de ese laberinto inexplicable de la legislación universal?

En cuanto al Derecho civil, debemos recordar que las antigüedades eclesiásticas son también los primeros monumentos de nuestra legislación; que la Iglesia fué por muchos siglos la verdadera madre del Estado; que hai puntos en que la codificación moderna se pierde en las asambleas de los Obispos, y que sería necesario borrar acontecimientos que ya no penden de nosotros, ó suponer que en el estudio de la legislación y de la política nada importan las tradiciones históricas, para decir que el principio católico o teológico, nada tenia que ver con el estudio del Derecho y la perfección de la ciencia social.

Consideradas estas materias bajo sus relaciones científicas, se reconoce todavía más, que nada ó muy poco se adelantaría con el recurso exclusivo de la razón. Pasemos, la vista por esa pasmosa muchedumbre de sistemas políticos que se han inventado, modificado y defendido de algunos siglos á esta parte en las naciones mas ilustradas del mundo. ¿Qué han producido? La mas extraña confusión en las ideas, una división prodigiosa en las opiniones, la ruina del buen sentido en las masas; y cuando, por desgracia de la humanidad, han encontrado brecha para hacerse ensayar prácticamente en el gobierno de los pueblos, crímenes sin cuento han empañado el lustre de sus gloriosas épocas, y la sangre ha corrido á torrentes en la empeñada lucha de las facciones políticas. Rehusó la filosofía ser vasalla del cielo, y tuvo la necesidad por último de tomar el traje de mendigo para reunir algunos votos en la tierra. No consintió la fe, pero muy pronto tuvo también que renunciar á la esperanza; pues mientras anhelaba por un dominio universal y perpetuo, solo consiguió sufrir el humillante desaire de esa misma inteligencia que acababa de deberla su emancipación y la opina de continuo su libertad: quiso pasar á las costumbres; pero formulándolas en el interés, no podía organizar por cierto, con cuantos se sometieren á sus máximas, sino un pueblo de hipócritas y malvados: quitó la santa cruz de la cabeza de los reyes, para colocarse junto á ellos; pero no tardó mucho en servirles de conductora para el cadalso, ó hacerles descender, cuando ménos, al brusco arrimo de las oleadas frenéticas del pueblo: se introdujo en los parlamentos, y las leyes desde entónces se tiñeron del color de las opiniones, formulaban la anarquía de la sociedad, y eran tan pasajeras, como precaria la boga de los sistemas políticos que las inspiraban.

No pasemos adelante: el principio teológico es una brújula sin la cual nadie podrá remar con buen éxito, ni ménos hoy que hemos visto perecer hasta el sentido comun, en ese oceano incommensurable, eléctrico y sembrado de escollos, que ha ensanchado tanto la filosofía política, y que es preciso atravesar, para dar algun rumbo á la marcha vaga de la ciencia. La doctrina del pacto social sería solo un impertinente idealismo, si por desgracia no hubiera creado intereses esencialmente opuestos á la constitución y permanencia de la sociedad. El hecho es que, por una especie de encanto, que no podemos explicar, desde que estas doctrinas influyen en la marcha administrativa y en la organización de los Estados, los gobiernos han perdido su magestad, la obediencia su significado y la felicidad pública su tipo. Hablemos con franqueza: á la vista de tantas bancarrotas científicas, de tantos delirios poéticos, de tantas sábias y elocuentes locuras, cuántas veces no hemos deseado ver al frente de los negocios hombres sin letras, pero de buen sentido; hombres sin celebridad, pero prudentes, cautos é interesados en el reposo público! Desengañémonos, la ciencia política, si no está fundada en el principio teológico, no tendrá sino un nombre irónico: será, si se quiere, una entretenida micelánea; pero nunca el arte de hacer felices á los pueblos.

Y qué, ¿dejaría por otra parte de ser limitada, aun cuando no fuese esencialmente errónea? ¿Podrémos reconocer la lei natural en su primitiva santidad y pureza fuera de la sociedad católica? Los filósofos nos dirán que sí; pero no hai cuidado, por fortuna la sociedad no está compuesta de filósofos. ¿Existe un Derecho positivo divino? Lo negarán los deístas, lo negarán los indiferentistas, lo negarán, por último, todas esas sectas políticas, que á trueque de facilitar el vuelo de la sociedad hácia el progreso que ellos se han imaginado, han elegido el partido sabio de aligerar su peso, descargándola de sus antecedentes históricos y de sus cualidades constitutivas; pero no nos inquietemos, porque aunque muy numerosas estas escuelas, todavía el género humano pertenece al *retroceso*. ¿Existe por último una sociedad católica? ¡hai de facto una Iglesia! Bien vemos que cada partidario de la escuela progresista daría cuanto no vale, por contestar negativamente á esta pregunta; pero mal que les pese, millones de hombres están esparcidos por todo el orbe, y componen esta sociedad inmensa del catolicismo. Esperémos pues que acabe la Iglesia, que sus instituciones, sus leyes, sus máximas, sus costumbres &c. &c.

perezcan hasta para la historia, y entónces ya no estaremos tan léjos de reconocer la limitacion científica del principio teológico, con el pretendido exclusivismo de la razon en la ciencia del juriconsulto y del hombre de estado.

V.

Pasando á la Literatura, debemos comenzar haciendo al siglo una confesion ingenua: y decimos francamente, que si el tipo de la Literatura se ha de buscar en la escuela de Diderot y de Rousseau, en la de Alejandro Dumas ó Eugenio Sue, nada tiene de comun con ella el principio teológico, ni pueden existir entre ambos otros puntos de relacion que los que haya entre la prostitucion del talento y la censura de la moral. Pero no, la Literatura tiene una extension mas vasta; y por mucho que influya para bien ó para mal un talento clásico ó una imaginacion frenética, la Literatura no puede reducirse jamas al individualismo de una boga funesta ó de una celebridad merecida. Su círculo es tan vasto como la sociedad, y sus vicisitudes no pueden calcularse sino por el grande movimiento de un siglo, las revoluciones sociales y las crisis filosóficas y políticas de los pueblos. Mezquinamente han pensado los que por un extravío de método, ó un refinamiento de análisis, han querido reducir la Literatura al colorido del pensamiento y á las formas del estilo: puesto que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo las relaciones innumerables que el talento de la palabra y de escribir tienen con los acontecimientos, los usos, las instituciones y las formas sociales, así como tambien con los progresos de la civilizacion, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos. Si queremos encontrar la Literatura de un pueblo, "es necesario, dice un autor de nuestros dias, ir á sorprenderla en el seno de la misma realidad, y sobre todo en la mezcla de los grandes intereses que animan al mundo político.En este sentido, añade, la Literatura es la voz de un pueblo, es el órgano por donde manifiesta todas las necesidades de su existencia moral é intelectual; es el depósito de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones que han agitado á los hombres. Vínculo comun de los espíritus, intérpretes de las opiniones, de los gustos, de las preocupaciones de cada generacion, la Literatura lega este depósito á las edades siguientes, convirtiéndose así en un espejo fiel que refleja sobre nosotros la imágen de los siglos

que nos han precedido..... La Literatura, lo mismo que las artes de un pueblo, es la expresion de su vida moral é intelectual, esto es, de todas las necesidades mas grandes de nuestra naturaleza: necesidades de la imaginacion, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana para la filosofia, y en el mundo exterior para las ciencias físicas; necesidades de nuestro ser moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar lo infinito en la religion, y hacer pasar la idea de lo justo tanto á las instituciones, como á las relaciones particulares de los hombres."¹

Siendo pues la Literatura la expresion de la sociedad, trascienden á ella sin duda todos los principios que en la sociedad influyen, y por consiguiente, el que tiene el principio teológico sobre las ciencias y la política, sobre la educacion y sobre las costumbres, es la medida del que debe ejercer en la Literatura. ¿Cuándo dejará de ser indispensable la aplicacion de los principios católicos para el progreso de las letras? Cuando la razon haya proscrito enteramente la autoridad, cuando haya entrado la division entre la política y la moral, entre la moral y la religion; cuando el ateismo constituya la sociedad, y el deísmo la dé su forma; cuando las persuaciones sean todo, y las creencias nada; cuando la fe haya abandonado la tierra, y ya no descuella ni una cúpula sagrada entre las moradas de los hombres. La Literatura entónces estará exenta del influjo del principio; pero una sociedad así ¿es habitable? Para nosotros no es ni aun concebible.

Pero no queremos ganar terreno en la aglomeracion de estas ideas generales: descendemos con gusto á las especies. Pensamos hacer mas: abandonamos los ramos en que pudiera ser ménos controvertida la influencia del principio teológico, para ocuparnos preferentemente en aquellos que parecen ménos religiosos. Dejemos aparte la Historia, que hoy, sin los principios católicos, no podria quedar á salvo de la duda, ni aun con las solemnes protestas de Tácito, como podrán decirlo por una parte Bossuet, Rollin y Chateaubriand, y comprobarlo por otra Gibbon, Voltaire y Condorcet; prescindamos de la filosofia en sus relaciones literarias: sábase muy bien, que *la palabra vale tanto, como el hombre que la emplea*; y bajo este respecto los literatos lo serán tanto como filósofos: el prestigio de una palabra ha solido desquiciar una ciencia,

¹ ARTAUD. Art. LITTÉRATURE. Dictionnaire de la conversation et de la lecture.

como una estatua de imaginacion sirvió para proscribir el espíritu y anunciar la entrada del materialismo. Poco tendríamos que añadir en este punto á lo que ya tenemos dicho sobre los filósofos. Hablarémos pues, limitadamente de la elocuencia y de la poesía; harémos algo mas, aunque no nos obligue, daremos unos pasos por el terreno de las bellas artes.

La elocuencia de los antiguos estaba sostenida ménos por los apoyos del talento y del genio, que por el carácter de las instituciones, la magnitud de los intereses y la influencia política de la mitología pagana. Sobre todo, el amor de la patria, que llegó á ser en las principales épocas un sentimiento exclusivo, se adunaba mui bien con la moral de entónces, y mezclándose casi imperceptiblemente en todas las escenas de la sociedad, dió aquel temple único, por explicarnos así, de vehemencia y de ternura no ménos á la imaginacion que á las pasiones; el cual fué suficiente para colocar en el primer rango á los insignes oradores de las antiguas repúblicas. Pero despues que la filosofía, debilitando las creencias y relajando las costumbres, introdujo en la sociedad una especie de epicureismo político no mui diverso del positivismo de nuestros tiempos, la elocuencia, desprovista ya de los grandes pensamientos y de las pasiones heroicas, empezó á padecer una consunción semejante á la sociedad; y si no pereció del todo, es porque el despotismo de los emperadores creó para ella una plaza en el Estado, encargándola de suplir con sus hipóboles la gloria que ellos no habian podido conquistar con sus virtudes. La elocuencia antigua habia concluido pues, ántes con mucho que apareciese la sociedad moderna, y estaba por tanto en el caso de renacer, como todo lo demas, bajo el influjo creador y reparador del cristianismo.

Bajo este punto de vista debemos colocarnos, para estudiar las relaciones del principio teológico con la elocuencia. Es necesario verla brotar, como de la nada, juntamente con la poesía y las bellas artes, de entre un campo inmenso poblado de ruinas y de escombros, al calor fecundo de la religion, y bajo la acción laboriosa de la Iglesia católica.

Si la elocuencia es el arte de hacer pasar á la práctica los sabios documentos de la verdad y las benignas y dulces inspiraciones de la virtud, podrá diversificarse por sus particulares objetos segun la variedad de los intereses bien entendidos, á cuyo arreglo y custodia deben estar consagrados los diferentes frutos de las ciencias; pero nunca deja-

rá de ser, bajo la pena de perder su naturaleza y de extrañar su curso, verdad en sus principios y en sus medios, virtud en sus resultados, felicidad sólida y duradera en sus fines. Pues bien, este triple tesoro, grite cuanto quiera la pobre y desesperada filosofía, ha sido, es y no dejará de ser nunca, un patrimonio exclusivo de la Iglesia, y, no nos sorprendamos, el verdadero, el único elemento de la libertad. ¿Cuál de estas cosas se nos disputará? ¿Acáso que la verdad, la virtud, y la felicidad son al mismo tiempo los caracteres esenciales y los títulos únicos de poder, de magnificencia, de grandeza y de gloria que tiene la elocuencia? Este sería el mas bello triunfo para nuestro principio. Pero no, la filosofía mas prostituida todavía presume de poseer, ó de buscar por lo ménos, aquellas tres cosas, y todavía se aduna con la imaginacion y el sentimiento, para mendigar las recompensas de la elocuencia. El lector sensato se ofende de tanta procaicidad; pero los novelistas de hoy nunca dejan de anunciarse, como los bienhechores del género humano. Se los agradecemos; porque al fin, su hipocresía nos allana un poco el paso, para no detenernos más en el desarrollo de estas ideas.

Si la verdad, la virtud y la felicidad son, como acaba de verse y se ha inculcado en todos los siglos, aun entrando el paganismo, por los mas insignes maestros del arte, si son repetimos, los elementos, los destinos y los fines de la elocuencia, ¿cómo, podrian cortarse con ella las relaciones naturales del principio teológico? La verdad, está en Dios, la felicidad solo puede hallarse en Dios. Y nadie se imagine que hablando de esta suerte, queramos forzar la inteligencia á no salir del terreno del acetismo: nada ménos; bien nos abstendríamos de ocurrir hasta Dios, si él no fuera el principio y el fin; si dentro de este principio cardinal y este fin último solo pudiera tirarse la línea que recorren las virtudes teologales, y si pudiera concebirse un solo objeto capaz de dirigirse y tocar á la perfección, sin caminar por esta línea.

Pero en fin, la elocuencia es toda moral, porque se dirige á todo y solo el hombre: las facultades del entendimiento, los resortes de la voluntad; he aquí su materia: la sociedad; he aquí su teatro: los intereses bien entendidos; he aquí su resorte: el orden y la felicidad pública; he aquí sus miras. Pues bien, la moral es nada ménos que el principio teológico en sus leyes, en sus máximas, en su parte práctica, en la esfera de su acción. No hai poder tan vehemente como el de la elocuencia, y por tanto, no hai re-